

MÉXICO, DESPUÉS DEL 6 DE JULIO: UNA ENCUESTA

PRESENTACIÓN

OCTAVIO PAZ

Según la inmensa mayoría de la opinión pensante, las elecciones del seis de julio van a consumar el tránsito de México hacia un régimen radicalmente distinto al instaurado en 1929 por el General Calles. Como todos sabemos la creación del PNR, antecesor del PRM y del PRI (substantialmente se trata del mismo partido) fue una solución de compromiso entre la dictadura y la democracia. Se instauró un sistema que no era democrático pero que impedía la guerra civil y que, con la prohibición de la reelección, cerraba el paso a los césares revolucionarios. El sistema duró cerca de setenta años, naturalmente con numerosas adaptaciones. Todavía no es hora de juzgarlo, tarea difícilísima pues la historia del PRI, para bien y para mal, ha sido la historia de nuestro país durante cerca de un siglo. Lo que sí es indudable es que el cambio es ineluctable. Conservar el sistema no sólo es imposible sino que sería una tentativa suicida y que acarrearía daños incalculables. Lo que no está muy claro todavía para la conciencia nacional es cuál será la situación de nuestro país después del seis de julio. ¿El ingreso pacífico a la normalidad democrática, como en los casos de España, Portugal, Uruguay o Argentina? ¿O un período de agitaciones y desórdenes que arruinaría las perspectivas democráticas y dañaría gravemente el orden social y la economía, como en Rusia, Bielorusia, Ucrania y otras naciones? ¿Tras una etapa de intolerancia, inestabilidad y caos, la instauración de un régimen de fuerza —tal vez aliado a un poder de fuera— y que, al someter a los cabecillas, podría ganarse la aprobación de grandes sectores populares, como en Perú y en otras partes? Estos y otros interrogantes aparecen cuando se piensa cuál podría ser la situación de México después del seis de julio.

Vuelta ha consultado sobre este tema a un grupo muy variado de escritores que representan tendencias y orientaciones igualmente diversas en materia política. Todos ellos han participado en el proceso de cambio y han expresado sus opiniones en la prensa y en los otros medios de comunicación. En tres áreas pensamos que valdría la pena que la atención de

nuestros colaboradores se detuviese: el de las relaciones entre el Poder Ejecutivo y el nuevo Poder Legislativo, el de la relación del Gobernador del Distrito Federal con la Presidencia y, asimismo, con la Asamblea de Representantes. Naturalmente nuestros invitados están en libertad de abordar otros temas. En suma, nos ha parecido útil —por no decir necesario— comparar qué es lo que quiere, desea o teme un grupo muy distinguido de intelectuales mexicanos con la respuesta que dé la ciudadanía a sus expectativas.

Las elecciones del seis de julio son la culminación de un proceso político que comenzó en 1968. Ese año fue el de la primera gran crisis del sistema mexicano. Una crisis que coincidió, a su vez, con dos fenómenos de extraordinaria importancia, uno internacional y el otro nacional. El primero fue la rebelión juvenil en las sociedades liberales capitalistas de Europa y los Estados Unidos. Fue un movimiento más de orden moral y social que económico y político. Estremeció a esas sociedades en sus raíces mismas pero no produjo ningún cambio de sistema, ya sea en lo político o lo económico. Tampoco benefició al régimen comunista sino que, más bien, fue un presagio de que el socialismo totalitario había dejado de ser una alternativa para la gran mayoría de las poblaciones de los países más avanzados. El cambio afectó sobre todo a la conciencia colectiva. Apareció una distinta visión de la autoridad (la figura del Padre se quebrantó), surgió una nueva moralidad sexual, asociada a una mayor libertad en las costumbres eróticas y, finalmente, brotó una sensibilidad pública a un tiempo más audaz y más tolerante. Se relajaron los lazos pero no desaparecieron.

El segundo fenómeno, nacional, fue la entrada en acción de una clase media desconocida en México. La llegada de esta clase había sido vanamente aguardada durante la segunda mitad del siglo XIX por liberales como Justo Sierra. Los contingentes juveniles que formaron el núcleo del movimiento de 1968 pertenecían a esa clase. Lo curioso es que muchos entre ellos creían que representaban al proletariado. Eran

jóvenes radicalizados por la ideología de esos años, impresionados por las figuras de Castro, Guevara, y, en algunos casos, Mao. Sin embargo, más profundo que esas aspiraciones revolucionarias, había en ellos un vago anhelo democrático. Ese anhelo estaba inscrito en el fondo histórico de México desde la época de Madero. Anhelo olvidado y sepultado por los sucesivos gobiernos que habían regido al país, más preocupados por los aspectos sociales y económicos de la Revolución mexicana, pero que seguía vivo y que esperaba siempre la menor ocasión para manifestarse, como había ocurrido en 1929 con el vasconcelismo. En 1968 comenzó a reaparecer en la superficie histórica un estado de espíritu que había permanecido semioculto: la parte más activa y pensante del país estaba cansada de la hegemonía del PRI y de su complemento, el sistema presidencialista. Pero los dirigentes del movimiento estudiantil fueron insensibles a este anhelo democrático: ellos querían la revolución social. En sus arengas aparecía con frecuencia la palabra democracia y otras semejantes, pero se trataba de una táctica y de una retórica: el propósito real era encaminar el movimiento estudiantil hacia el socialismo.

Los dirigentes ignoraron el verdadero sentido del movimiento que encabezaban y tardaron veinte años en desorganizarse. Su encuentro con la democracia fue tardío. Lo mismo puede decirse de casi toda la izquierda mexicana. Mientras tanto brotaban y prosperaban las guerrillas y el terrorismo, esas enfermedades de los movimientos extremistas del siglo XX, sean de izquierda o derecha.

La reacción de los partidos fue igualmente incomprensiva. El partido comunista vio con desconfianza a un movimiento que no se ajustaba ni a sus ideas ni a sus previsiones acerca de lo que era o podía ser una revolución social. Otros partidos de izquierda se apresuraron irreflexivamente a adherirse a los más extremistas de los jóvenes insurrectos. La clase obrera los vio con indiferencia. El PAN, muy debilitado entonces, los ignoró; el PRI procuró destruirlos. Lo logró a medias: hubo una represión terrible. Sin embargo, más allá de la represión y de la violencia terrorista o guerrillera, paralela a la violencia gubernamental, permaneció viva y tenaz la aspiración democrática. Repito, era una aspiración poderosa pero confusa y sin clara articulación política. Sólo un pequeño grupo declaró que la única solución viable era una evolución pacífica y gradual hacia el pluralismo democrático. En 1970 publiqué un pequeño libro, *Posdata*, en el que me pronunciaba por esta salida a la crisis que vivía el país. Fue muy criticado por los intelectuales de izquierda. Sin embargo, en el curso de los años que siguieron, acompañado por un grupo de amigos, insistí en esta idea,

primero en la revista *Plural*, después en *Vuelta* y en otras publicaciones. En 1985, hace ya 12 años, *Vuelta* publicó un número con el título *PRI, Hora Cumplida*. Comprendía artículos firmados por mí, Gabriel Zaid y Enrique Krauze. Algunos miembros del PRI nos reñaron, unos en público y otros, más cautos, en privado. El PAN nos ignoró. La izquierda nos denunció.

La evolución política del país confirmó nuestras previsiones. Más y más la opinión pública comenzó a creer lo que desde el principio habíamos sostenido: las horas del sistema político mexicano estaban contadas. El enigma consistía en saber la fecha y la forma en que se produciría el cambio. Durante esos años el paulatino y, al final, veloz hundimiento del sistema soviético produjo un cambio en la conciencia de la mayoría de la izquierda mexicana. Muchos reconocieron que el camino no era la revolución sino la democracia y el pluralismo. La evolución fue muy lenta y todavía no se realiza enteramente, a juzgar por las declaraciones de algunos destacados dirigentes del PRD. Extraña nostalgia por las fórmulas hueras del estatismo y el populismo. En el otro extremo está Acción Nacional. Ha crecido y se ha ganado un bien merecido prestigio como partido democrático. Sin desconocer este inmenso mérito, no debemos olvidar que el PAN ha vivido, aunque muchos años antes, una evolución análoga a la del PRD, sólo que en dirección inversa: no del socialismo totalitario a la democracia, sino de la extrema derecha a su actual posición. En su origen, según lo muestra un reciente y perspicaz estudio de Soledad Loaeza, los fundadores del PAN, principalmente Manuel Gómez Morán, estuvieron profundamente influidos por pensadores ultraconservadores como Charles Maurras; asimismo admiraron la dictadura del general Primo de Rivera y de intelectuales partidarios suyos, como Ramiro de Maeztu y José María Pemán. Todo esto pertenece al pasado —un pasado más remoto que el estalinismo del PRD— pero, como en el caso de sus rivales, algo ha quedado, como su posición frente a la natalidad.

Durante esos años un tema reaparece constantemente en mis artículos políticos: el de la sucesión. Me preocupaba la debilidad de la oposición. La izquierda era una minoría que jamás se habría convertido en lo que hoy es sin una escisión del PRI. Como todos sabemos, el PRD nació de una coalición entre la extrema izquierda y un grupo de destacados dirigentes del PRI —Cárdenas, Muñoz Ledo y otros— que decidieron separarse del partido gubernamental. Ahora mismo sorprende el número de antiguos e importantes miembros del PRI que son candidatos del PRD. No es exagerado decir que el PRD es un PRI reconstruido y dueño de una remozada terminología democrática. Por su parte, el PAN, rejuvenecido, se

ha convertido en una formidable fuerza política. No se puede decir que los partidos de oposición son débiles. Al contrario, el peligro es que no sean capaces de usar con prudencia su nueva fuerza.

La situación actual se debe no tanto a los partidos de oposición —su crecimiento es más bien el resultado de cambios sociales más vastos y más profundos— como a una transformación de la sociedad mexicana en su integridad. El país realmente quiere un cambio y quiere que ese cambio sea hacia la democracia. Ya mencioné algunos de los peligros del cambio; apenas si debo señalar que mayores serían los de la inmovilidad. Por fortuna, esto último no es factible. Desde hace bastante tiempo el mismo PRI y el gobierno han ido cediendo, no sin desviaciones, a las peticiones de reforma democrática. El gran cambio de México es un cambio nacional e incluye también al gobierno y al PRI. El Presidente Zedillo, indudable ganador de las elecciones de 1994, ha manifestado una y otra vez que será respetuoso del resultado de las elecciones. Hasta ahora lo ha sido pues buena parte del país está gobernado por partidos políticos de la oposición. Me parece que el Presidente está decidido a pasar a la historia como el hombre que hizo posible el tránsito pacífico de nuestro país hacia la democracia. No reconocerlo, aparte de ser una obcecación, es un grave error político y moral. Nuestra vida pública —rica en los últimos meses en riñas salpicadas de vulgarida-

des— requiere un poco de generosidad y de grandeza. La creación de una democracia sana exige el reconocimiento del otro y de los otros.

La respuesta a las preguntas que muchos nos hacemos acerca de la situación de México después del seis de julio, incumbe en primer término a los dirigentes de los partidos políticos. Una política de venganzas o la imposición de reformas que encontrarían un repudio en vastos sectores de la opinión pública —pienso sobre todo en algunas de las que propone el PRD— nos conducirían a lo más temible: a las disputas, las agitaciones, los desórdenes y, en fin, a la inestabilidad, madre de las dos gemelas, la anarquía y la fuerza. Lo que necesitamos es una política de reconciliación nacional. Lo piden no sólo la moral sino la sensatez. Tan mala como la impunidad es la intolerancia. Lo que necesitamos para asegurar nuestro futuro es moderación, es decir, *prudencia*, la más alta de las virtudes políticas según los filósofos de la Antigüedad. México ha vivido siempre entre los extremos, la dictadura y la anarquía, la derecha y la izquierda, el clericalismo y el jacobinismo. Nos ha faltado casi siempre un centro y por eso nuestra historia ha sido un largo fracaso. La prudencia, natural enemiga de los extremos, es el puente del tránsito pacífico del autoritarismo a la democracia.

México, D.F., junio 12 de 1997.

UNA FIESTA DEMOCRÁTICA

ENRIQUE KRAUZE

El escenario está puesto para que el 6 de julio México viva una fiesta democrática, la primera desde el remotísimo año de 1911, cuando llegó al poder el Presidente Madero. Por una vez en tiempos recientes, el país puede ser noticia de primera plana en la prensa internacional pero no por la caída de su moneda, la bancarrota económica, los escándalos de corrupción, los enjuagues de la droga o los asesinatos políticos, sino por un proceso de maduración cívica que ha tomado años y que ahora comienza a fructificar.

El éxito depende, en primer término, de la limpieza de las elecciones. El fraude a la vieja usanza está casi descartado no sólo por las instancias autónomas que manejan el proceso sino por el cúmulo de reflectores nacionales e internacionales que lo observarán muy de cerca. Los costos del fraude serían altísimos.

No hay que menospreciar las habilidades de los

alquimistas electorales del PRI ni su capacidad de manipulación, compra e intimidación, pero todo indica que con respecto a la ciudad de México al menos, su batalla está perdida. Aunque en materia de elecciones todo puede pasar, no hay que ser un gran vidente para profetizar la victoria de Cuauhtémoc Cárdenas.

Más allá de las divergencias que pueda tenerse, como yo las tengo, con las tesis populistas de su partido, la eventual victoria de Cárdenas será un triunfo de la democracia porque representa la efectiva alternancia de poder que en el caso mexicano, por la tradición monopólica del PRI, es condición necesaria para la democracia. A partir de diciembre de 1997, la ciudad de México tendrá un gobernador de oposición electo por los ciudadanos y no designado por el Presidente. Pero ser gobernador de la ciudad de México no equivale a serlo de Washington y ni siquiera de Nueva York. La ciudad de México es el